



“Se acabó, la guerra se acabó”. **Notas de un diario de campo.**

Verónica Espinal Restrepo
Colectivo Campos en movimiento
Octubre 13 de 2016

Después de una semana esquizofrénica que parece está bajando de intensidad, se vuelve necesariamente a las dinámicas cotidianas. La incertidumbre es parte de nuestro devenir y la "paciente" espera vuelve a dictar nuestra realidad colombiana, vuelvo a tomar fuerzas para revisar mi correo electrónico y escribir un poco.

Estuve algo alejada de los medios comunicación y redes sociales, pues la sensación me estaba ahogando. Durante el último mes estuve en la Serranía del Perijá alejada de muchas cosas pero, a la vez, en el centro de la gran posibilidad que se venía venir. Era una sensación maravillosa, había expectativas, movimientos, reuniones, debates y, sobre todo, se hablaba en pasado. Casi todas las conversaciones que tuve con las y los campesinos, se esforzaban por dejar atrás esa historia de violencias, abandono estatal. Se esforzaban en plantear la posibilidad de pensarse, construirse y rehacerse, esta vez desde la construcción de una posible paz, en donde las Farc-ep, dejaran sus armas y se lograra, al fin, la llegada del Estado con sus programas, acciones y presupuestos a las veredas y corregimientos.

Había muchas dudas sobre el acuerdo. Sin embargo, era bien recibido por las poblaciones. En las reuniones en las que participé se hacían preguntas sobre cómo serían estas acciones, qué programas llegarían a la región, inquietudes y miedos de que los políticos tradicionales se quedaran con los recursos y no llegaran a las zonas rurales como siempre había pasado, la importancia de las 16 curules, quizás una para representar a los campesinos-. Hablaban de las zonas veredales de transición, que no se les preguntó si podía quedar en territorios campesinos pero aún así le aportaron y las recibieron con optimismo, de la oposición de los yukpas a las zonas veredales de transición y a las zonas de reserva campesina que terminó por trasladar la zona veredal y generar más conflictos con los campesinos pues cierra, cada vez más, la posibilidad de consolidar y reconocer otras territorialidades e historias en la serranía como es la de los campesinos y su apuesta por construir zonas de reserva campesina.

Era un ambiente que planteaba la posibilidad, se hablaba en pasado. El verbo pasado nunca antes lo habíamos pensado, lo reconocíamos en las entrevistas, talleres y conversas con café y arepa cachara, en las veredas. No eran ingenuos al respecto, siempre se recordaba que se debía votar el 2 de octubre de 2016, nada estaba seguro pero ya se estábamos a un solo paso.

Ahí estaba la posibilidad a la que le apostaba el campesinado de la serranía del Perijá. Pero también estaban otras voces que se oponían. No eran tan fuertes en un principio. Pero luego fueron apareciendo cada vez más esos discursos, eran constantes y cada vez más fuertes.

Escribía en mi diario de campo con un lápiz rojo, **ojo, ojo, ojo**. Aquí un fragmento de ese escrito en Valledupar.

En la cafetería, al lado de la Biblioteca del Banco de la República, en el cruce de semáforo de las vías del centro, estaba viendo al "pana", personaje de la capital del Cesar, descalzo y vestido todo blanco con una gran bandera blanca; llevaba un corte de cabello que permitía leer varias veces el SI. Movía la bandera y gritaba "Se acabó, la guerra se acabó. Se acabó, la guerra se acabó". Muchos miraban y otros tantos se reían. Un señor en el centro de Valledupar gritando que la guerra se había acabado y nadie lo insultada o le negaba la posibilidad de decir lo que quisiera. Todos guardaban distancia. Era una imagen que en mayo de este año, me era imposible pensar que pudiera llevarse a cabo. A mi lado la dueña de la cafetería, llama a la señorita a que limpie las mesas del frente y ésta le dice a la señora:

- "Ahh, mire a ese loco, doña".

La señora sale, lo mira y le dice:

- ¡Cual loco!, ese esta más cuerdo que todos. Hay que votar por el SI, pa' ver si esta guerra se acaba de una vez por todas".

La chica duda un poco, y le dice:

- "Ese Acuerdo, es malo. Va acabar con todo, con la familia con los valores. Eso que escribieron está en contra de Jesucristo, ahí no lo dejaron participar. Son palabras de Satanás".

La señora le expone a esta chica algunos puntos del acuerdo; no eran las grandes explicaciones que dan los académicos o las lecturas de los funcionarios, era simplemente un discurso sencillo con algunos apartes básicos como: las Farc-ep van a dejar las armas, se va a gastar el presupuesto en la educación, las mujeres van a tener más ayudas, los campesinos van a tener sus tierras; pero también le aseguró que eso no era un asunto de Satanás y que la familia no se iba acabar.

La chica concuerda con todo lo que le dice la señora, pero a reglón seguido afirma:

- "Si, estoy de acuerdo con lo que usted me dice, pero yo no puedo votar por el Sí".

La señora, le dice:

- "Echeee!!!, pero si te acabo de convencer, me acabas de dar la razón!!!"

Y la chica se hace detrás del mostrador y dice:

- "Es que yo le debo obediencia a mi pastor, y él dijo que tenemos que votar por el NO. Doña, usted me va echar?".

Dice la señora

- "No, niña, no".

La señora me mira y dice en voz alta "Así no se puede". Nos quedamos en silencio, escuchando "Se acabó, la guerra se acabó".

No era una cuestión anecdótica, se vivía en muchos lugares, la importancia y fuerza de las religiones donde la guerra fue clave. A esta situación se suma la idea y miedo a un castro-chavismo que se venía a colar por los pueblos cercanos a la frontera. Desconocimiento, desinformación y poca divulgación de los acuerdos era el común denominador en zonas rurales y urbanas del Cesar. Se veían apartes, pedacitos de lo que eran estos acuerdos. Ese mamotreto de 297 páginas fue partido en pedacitos que se fueron presentando, recomponiendo, ampliando, reduciendo, reescribiendo, cantando y recitando.

Pero ahí estamos en medio de discursos opuestos que se exponían en todos lados, se hablaba en los buses, en los bancos, en las calles, en las tiendas, en las familias. Para mi era un triunfo,

¿estábamos debatiendo en público! Ahí estaba la gente diciendo vainas de cada lado, era un momento que me hacía pensar en que sería posible, se estaba hablando de las posibilidades de la paz. ¿Cuándo habíamos tenido esa posibilidad? Ahí estaba, en esas ficciones en los tiras y aflojes, entre las risas y la gozadera de lanzar vainas de lado y lado.

Se pensaba que ganaría el Si, aunque las municipalidades no movían sus dineros ni sus lógicas clientelares se activaban. Escribía en mi diario "No hay camisetas!!!. No se ven letreros en las calles, las propagandas políticas de las elecciones pasadas siguen iguales. No hay gente moviéndose. Aún el discurso público de las municipalidades y del gobernador le apuestan al Si".

Se apostaba por el Si. Era un momento histórico, así lo veíamos y sentíamos. Muchos campesinos se fueron a Cartagena a presenciar la firma de la paz el 26 de septiembre. Cuando le pregunté a un líder cómo había sido todo eso y qué discurso le gusto más, me respondió que muchas cosas le habían gustado, pero que lo que más le gustó, fue cuando Timochenko ofreció su perdón. "Yo sí lo sentí. A mí me sirvió", me dijo.

Así, se seguía pensando que iba a funcionar. Los verbos en pasados seguían apareciendo en mi diario de campo y emergían verbos en condicional simple "podríamos", "lograríamos" "empezaríamos", "trabajaríamos", acordes a una refrendación. Pero después del 2 de octubre, se negó la posibilidad de pasar a un tiempo presente para que se empiece y trabaje por una posibilidad de paz.

Ahora me preparo nuevamente para ir a la Serranía del Perijá. Las comunicaciones de las y los líderes han pasado a reflejar un hondo dolor, a pensar qué hacer al respecto. Otras estrategias y conjugaciones verbales empiezan a perfilarse, esas que siempre han sido parte de su devenir: movilizarse, unirse, resistir y exigir la paz en sus territorios.